

Un disparo hacia la paz

Juana Álzate Perdomo¹²

Sara Uribe de los Ríos¹³

Salomé Vásquez Yepes¹⁴

DOI: 10.24142/indis.v8n15a6

Localizar a Andrés¹⁵ fue una tarea mucho más sencilla de lo que esperábamos, con un par de contactos en común fue fácil encontrarlo y darnos cuenta de lo que estaba sucediendo con su vida ahora a escasos seis meses de haber salido de la cárcel.

Es un hombre pequeño, un poco robusto, barbado, y con una mirada tan inexpresiva que es difícil hondar en él, pero abierto al diálogo, con muchas ganas de contar sus experiencias, para que ningún otro jovencito caiga en lo mismo.

Con treinta años, ha pasado diez de ellos en prisión por hurto, extorsión, posesión y distribución de estupefacientes (le dictaron una sentencia que lo condenó a la cárcel de Valledupar). Y, en definitiva, su vida ha sido compleja. A los doce años salió de su casa para nunca más regresar; se rehusó a vivir con una madre que no lo tenía a él como prioridad y una suerte de padrastro que sólo estaba para castigarlo por errores que no valían la pena recordar.

12 Estudiante de Periodismo UdeA. Correo: <juana.alzatep@udea.edu.co>

13 Estudiante de Periodismo UdeA. Correo: <sara.uribed@udea.edu.co>

14 Estudiante de Periodismo UdeA. Correo: <salome.vasquezy@udea.edu.co>

15 Nombre ficticio para proteger a la fuente.

Recuerda que salió y sobrevivió como pudo en las calles de Medellín, comiendo de la basura, mendigando una moneda, una posada, un amigo, inclusive, y hasta un abrazo. Fueron dos años pesados, según cuenta, de los más sucios, antihigiénicos y peligrosos. Aprendió sin querer a caminar las calles, como un pobre hombrecillo que no se tiene más que a sí mismo, conociendo y viendo cómo era la vida afuera, lejos de la zona de confort que significó su casa alguna vez. De entre tantas personas que pudo conocer, entre tantas cosas que alcanzó a aprender, se topó con el hombre que sería su salvación y al mismo tiempo quien lo condenaría “para siempre” a una vida ruin.

Conoció a un padrino, alguien que estaría dispuesto a llevar la batuta de padre, madre y amigo, alguien que le enseñaría a vivir la vida con astucia... Este padrino le compró ropa de su talla, cadenas, pulseras, aretes y gorras, pero Andrés nunca se cuestionó las causas de tanta bondad, en su mente sólo existía la inocente idea de haber encontrado un ángel guardián que le había arreglado la vida.

En efecto, su nuevo padrino era amable, simpático y servicial, hablaba con delicadeza y soltura. Además, todos a su alrededor lo respetaban y querían. Le hablaban de don, de patrón, y Andrés no podía estar más contento. Sin embargo, llegó el momento en que comenzó a cuestionarse, y ese fue un punto de inflexión en su relación. Las preguntas le azotaban la mente y era inevitable que no las expresara: «¿Padrino, y usted que hace?», «¿Por qué todos lo quieren tanto?», «¿Por qué en las reuniones yo no puedo entrar a la oficina?», «¿Padrino, usted para qué ese “fierro”?». Pero el padrino no daba respuestas concretas, sólo lo manipulaba.

A su padrino nadie lo cuestionaba, nadie tenía la autoridad de hacerlo sin salir, de una u otra manera, insultado, y tuvo que pasar mucho tiempo de preguntas incómodas para que por fin le revelara de qué se trataba su negocio. El tan valorado salvador era un duro de una banda organizada de fabricación y distribución de estupefacientes. Pero cuando Andrés supo la verdad, no se asustó, no corrió, no se manifestó de ninguna manera, entendía que estaba mal, pero no completamente, después de todo, había sido criado por un hombre que se mantenía en vueltas raras y una madre consumidora de vicio.

Para desgracia de Andrés, su padrino, después de revelarle la información, empezó a lanzar comentarios al aire, acerca de que era un recogido, de las personas que

no son capaces de ganarse la vida por sí mismos, de los desagradecidos y de quienes le debían. Andrés no se asustó, pero se empezó a sentir mal, después de todo, le debía la vida y era la persona que más lo había ayudado en sus momentos de dificultad. Sin embargo, vinieron unos días de gloria para Andrés: empezó como todos, desde abajo, vendiendo un par de gramos en algún sitio alejado, vendía a los primerizos, poco a poco empezó a enviciar a los jóvenes, ofrecía de todo lo que necesitaran. Se aprendió los dialectos para referirse a cada cosa, incluso a la autoridad metropolitana, todo tenía un nombre particular, todo tenía un horario y un modo de hacerse. Fue escalando como si de una verdadera empresa se tratase, fue ascendiendo en cargos; pronto fue demasiado bueno como para vender gramos, por lo que pasó a repartirles a los micro jibaros, luego a cuidar muchas cantidades de droga, después a empacarlas para que alguien más las distribuyera. Se dedicó a recibir, contar y almacenar el dinero, luego pagó la nómina y cuando estaba en la cúspide, ocupando el lugar que era de su padrino anteriormente, recibiendo grandes montañas de dinero, diciendo quién vivía y quién moría, quién pisaba o no el territorio, cayó. Alguien lo delató.

Inmediatamente supo que lo estaban buscando, solicitó ayuda y recurrió entonces a otra banda criminal, de un municipio vecino, otro error en su plan de vida porque allí empezó a consumir por la ansiedad el veneno que solía proporcionar a los demás, ese vicio que juró nunca probar. Así, en un par de meses, logró malgastar toda su fortuna que fácilmente pudo ocupar en un buen abogado. Se la fumó, se la inyectó, se la esnifó, todo lo que pudiera sacarlo de la terrible realidad que estaba atravesando quedó marchito y de haberlo tenido todo, pasó a no hallar ni siquiera a alguien que le brindara refugio.

A la justicia le tomó casi tres años en dar con su paradero; alguien lo reconoció nuevamente y pasó la información a las autoridades. Lo realmente malo fue que cuando dieron con él, estaba envuelto en una sábana, tirado en la calle con una botella medio vacía de pegante para zapatos, había perdido todo lo que lo hacía humano. Él mismo se había encargado de perder su humanidad.

Lo bañaron a manguerazos, le quitaron todo lo que tenía encima, le pusieron suero, lo llevaron a juicio y luego dictaron la sentencia; lo encontraron culpable de asesinato, de porte, venta y distribución de estupefacientes, de robo calificado, además de organizar una banda criminal, de no pagar sus impuestos tributarios y de

lavado de activos, aunque sólo son algunos por mencionar. De todos estos, sólo se declaró culpable de tres. Lo condenaron y en la cárcel dice que lo pasó muchísimo peor que en la calle, se ganó muchos problemas, muchas de las personas que habían trabajado para él se encontraban allá. Entre humanos, dice Andrés, nos encargamos de hacernos la vida imposible.

La comida escaseaba, no era realmente buena, pero era mejor eso que no comer nada, no tenía dinero, no tenía a nadie; nadie lo visitó, nadie rezó por él, nadie le llevó nada. Afrontó de nuevo la vida, encerrado en completa soledad, el único amigo que logró hacer fue asesinado en una aglomeración de presos bajo condiciones sumamente extrañas; sin embargo, rescata con alegría que pudo rehabilitarse de las drogas, no le quedaron ganas de seguir haciéndose daño, ya la vida se había encargado lo suficiente.

Pasados seis años desde su condena, un poco más viejo, un poco más sabio. Estando más lastimado, tanto física como emocionalmente, recibió una visita. Su padrino, su amado padrino a quien él había tenido el prestigio de reemplazar, fue a verlo, fue a rescatarlo nuevamente de ese infierno que estaba pasando, pero no precisamente del modo que él pensaba.

— Andrés, mi niño querido. Le tengo el trabajo —es lo que recuerda que dijo cuando lo vio.

— ¿Trabajo, padrino? — sólo pudo decir.

— Sí, nené, el patrón anda necesitando quien se encargue de unos patios de acá y yo de una pensé en usted. Es que usted es mero verraco para estas cosas.

“Yo me paré y me entré. No quería saber nada más de vueltas chimbas, suficiente había tenido como para aguar me los cuatro añitos que me faltaban”. Andrés, ese día, recapacitó, pensó en él, en los presos, en las familias de los presos, en su propia familia, y pensó, además, en el Andrés de doce años que salía llorando de su casa, porque no encontraba un verdadero hogar.

Por buena conducta, sólo pagó tres años más su deuda con la sociedad. Salió y regresó al pueblito que lo había visto crecer, quería hacer las cosas diferentes, quería demostrar que realmente había cambiado. Fue donde una tía, que a regañadientes le prestó una habitación por casi un mes y medio, y le daba de vez en vez, comida casera, hecha con esas manos de vieja amargada que tanto fascinaba al paladar de Andrés.

Estando en libertad, movió muchas fichas que aún le quedaban con el propósito de que hablaran bien de él en una empresa que estaba justamente solicitando personal. Luego de que pasara los filtros le dieron la oportunidad de reivindicarse y aún sigue ahí; con un solo objetivo, “salvar a los jóvenes”.

“Yo tengo muchos amigos, jovencitos, así como ustedes, que están apenas empezando a vivir, que no tienen nada que perder, pero sí mucho que ganar; muchachos que apenas cumplen dieciocho quieren ponerse a traquetear en una moto como si ese fuera el mejor trabajo que pueden conseguir. Mi propósito es instruirlos, hablarles desde la verdad y prestarles mi ayuda, tanto sentimental como económica. A mí no me duele darles un plato de comida, ni que duerman en mi cama o que se bañen con mis cosas, yo no quiero que nadie pase lo que yo sufrí, porque yo sé que a mí realmente me fue bien”, relata. “Yo podría fácilmente no estarles contando la historia y haber acabado en un charco en Prado y que me recogieran como un NN, porque, como les dije, no tengo a nadie, más que a mí mismo, a mí nadie me dio la ayuda que yo les doy a ellos, nadie me quiso escuchar, nadie me quiso ver con otros ojos más que los de un gamín o los de un vándalo asesino”.

Andrés es realmente un hombre sencillo, en su casa no tiene más que un par de camas, una nevera a medio llenar, y un par de muebles, que son todo lo material que le queda de la vida que solía llevar. Con él no vive nadie fijo, es un hombre solo y con apariencia triste. Consiguió las camas, por si alguien (como ha pasado antes) llega buscando ayuda, ya sea porque se peleó con los papás, porque tuvo un problema en el colegio, porque lo trataron mal en el trabajo, o llegan incluso a veces porque no saben qué hacer con su vida. Andrés no tiene preferencias para quien deja entrar en su casa, después de todo no hay nada realmente que puedan quitarle. Quiere darnos a todos los jóvenes un buen futuro y, aunque es difícil, se propone y se levanta cada día con el mismo objetivo. Aportar su granito de arena para hacer de este platanal, un mejor lugar.

“A mí sinceramente, siempre me gustó enseñar, cuando yo iba al colegio, yo era el que les explicaba a mis compañeros cuando no entendían algo de matemáticas, algunos problemas, y así, quizá más adelante, si la vida me lo permite y Dios me da por fin la mano, me gustaría abrir un centro, muchachas, para todos esos jóvenes y todas esas jovencitas también que están teniendo vidas difíciles, que están en las

calles, que se rodean de problemas, yo quisiera hacerlo posible, y que más que empiezo por mi casita, que ahí ustedes donde la ven de humilde y pequeña, le caben ocho peludos. De pronto en algún momento, yo pueda darles a todos los que se acercan a mí buscando ayuda, una nueva perspectiva de la vida, mostrarles que Medellín no es sólo vicio, motos y Pablo Escobar. Que Medellín es cultura, es arte, es educación, yo quiero que, si yo no pude ir a la universidad, avemaría, que ellos se den ese placer de aprender y de estar tan llenos consigo mismos que no tengan que andar generando guerra en las calles”.